de Predicadores, además de lo que ha hecho por sus sabios y su ciencia, la hace destacar al enseñar con profundidad y extensión admirables, las excelencias del Santo Rosario y de la Virgen Santísima bajo tal advocación.

Ved cómo enaltece á la Santa Religión del Serafín de Asís y su obra, que ejercen, sublime, el apostolado del corazón. . . Engrandece la venerable Orden Tercera, á la que él mismo pertenece.

Ve con predilección la hermosa religión del Carmelo.

La insigne Compañía de Jesús, que tiene tantos sabios, que es desde el siglo XVI la guardia de honor del Pontificado, ha sido distinguida notablemente.

La Orden Benemérita de Agustinos. . . La Civilizadora de Mercedarios, las Congregaciones caritativas de Salesianos, Hermanas de la Caridad, Josefinos, Hermanas de los Pobres, las Hijas de María Auxiliadora, las apostólicas de celosos misioneros Lazaristas y del Corazón de María; las grandes instituciones educadoras de la mujer, las Damas del Sagrado Corazón, las de Santa Teresa y las del Verbo Encarnado. . . .

Entre las Congregaciones tiene motivos especiales de gratitud, el Oratorio del Padre insigne San Felipe Neri. Su Santidad León, lleno de entusiasmo, celebró el centenario del Apóstol de Roma, del Santo del Divino Amor, cuya memoria y popularidad se conserva en la Ciudad Eterna, y todavía parece que se contempla bajo la célebre encina de Torcuato Tasso al Santo P. Felipe con sus pequeños, á quienes educa.

La solemnidad de ese centenario fué uno de los más hermosos himnos de la civilización. ¿Os acordais? . . . Aquí. . . . en este gran templo, tan justamente amado de la sociedad de México, que venera y respeta á los hijos de tan gran Padre, en este Oratorio . . . los torrentes de harmonías. . . la presencia de insignes Prelados y de estimables y numerosos sacerdotes. . . la sociedad distinguida llenando el templo. . . ¡Grandioso cuadro! Pues bien, señores, el Sr. León XIII autorizó y estimuló la celebración de ese gran centenario. Beatificó á Juvenal, Ancina y á Antonio Grassi, y por fin, honró al Oratorio, creando cardenales al insigne sabio Alfonso Capecelatro y al ilustre Herrero y Espinosa de los Monteros, el primero Obispo de Cápua y el segundo Arzobispo de Valencia.

Hacéis bien, mis queridos hermanos, en glorificar al Obrero Augusto de la unidad de las inteligencias y de los corazones; esa gestión soberana de unidad descuella en el orden social. Combate León XIII la anarquía y la tiranía, unifica la enseñanza del origen divino del poder, del prestigio y grandeza de la autoridad, sea cual fuere

el vestido de la forma de Gobierno. Hace que patrones y obreros se den el abrazo de hermanos, y que todos canten el Credo y recen el Padre Nuestro, bajo la única techumbre de la Iglesia. El inmortal León interviene en grandiosa forma en esa magnífica evolución del derecho cristiano y del natural, que se llama derecho internacional.

Yo sé que la iniciativa del Tribunal de la paz universal en La Haya, presentada por Rusia, fué inspirada por el Sr. León XIII. «Ut sint unum sicut et nos.»

Fijaremos nuestra consideración especialmente en la unidad de las ciencias. El sublime Anciano que proclama la democracia cristiana y el socialismo del Evangelio, propone y desarrolla el positivismo científico cristiano y unifica las grandezas de las ciencias espirituales y suprasensibles, con el irresistible anhelo que por el método experimental tienen las modernas sociedades. León XIII depura las escuelas científicas extremas, las unifica y las hace destacar como hermanas en el Palacio augusto de la verdad. Las une luego á la Religión, y hace que ese cuadro hermoso resalte en el Alcázar Divino de la Religión.

¡Oh Dios!, bendito seas, porque has creado la inteligencia de este genio inmortal para realizar la síntesis hermosa de la ciencia!

Así es, señores, como Su Santidad efectúa la unidad Teológica y Filosófica. Publica luminosa encíclica, coloca en la cátedra más gloriosa de la ciencia á ese genio, cuya inteligencia es vasta como una revelación, cuyo corazón es puro é inocente como el de un niño, cuyas facultades estéticas, en un derroche divino de inspiración, le constituye el cantor inmortal del Sacramento del Amor Hermoso. Y todas esas glorias y grandezas dan en la Historia el espectáculo sublime de estar cobijadas por humilde sayal del pobre religioso: ese genio es Santo Tomás de Aquino, religioso dominico.

¡Bendita seas, Religión Dominicana, por este caudillo, que es el jefe augusto del ejército de sabios, que honran el magnífico campo de tu historia!

¡Oh Dios!, ¿por qué no me das la omnipotencia de la palabra y del corazón para elogiar debidamente á mi amado maestro, el Angel de las Escuelas. . . . y al Excelso León, que á este gran sabio encomienda la unificación de las ciencias? Es preciso no olvidar, señores, que Santo Tomás, cual águila de las ciencias, poniendo su tienda de observación junto al Verbo de Dios, desenvuelve un torrente magnífico de grandezas. Contienen las obras de este maestro, además de las luminosas doctrinas relativas á la vida íntima de Dios, de la Beatísima Trinidad, de la Creación, de la Encarna-

V

¡Bendito seas, oh Padre!

¡Oh, Dios! Concede al gran espíritu del Excelso León las divinas iluminaciones del Verbo, las beatíficas caricias del divino amor!

¡Oh, Redentor Divino y Amantísimo! Tú prometiste que escribirías en tu Corazón los nombres de los apóstoles de tu culto; mira á tu Vicario León, el Apóstol insigne de tu devoción, como la propagó y reivindicó en todo el mundo; escribe su nombre querido con letras de luz, de felicidad y de amor, en tu Corazón, que es el Cielo!

¡Cristiandad, de rodillas ante el sepulcro del Padre amantísimo!

¡Humanidad, inclínate reverente ante el Apóstol infatigable de la civilización y de la paz!

¡Historia universal, prostérnate ante el túmulo del Obrero infatigable de la unidad!

¡Ciencia, inclínate reverente ante uno de tus hijos más predilectos!

¡Bellas Artes, inmortalizad en magníficos monumentos la memoria de este grande artista!

¡Corazones, vosotros seréis el más grandioso monumento, inmortalizad este héroe de gran corazón!

¡Iglesia Santa, Virgen hoy enlutada, bendice, consagra, los homenajes de la humanidad, de la cristiandad, de la historia, de la ciencia, del arte, del corazón! ¡Llora, y asociada con los ángeles, celebra las grandezas de este Pastor amantísimo y acaricia su tumba gloriosa! Viae, Sion lugent.

¡Oh León! . . . . ¡Oh Padre! . . . . duerme el sueño celestial! ¡Tu sepulcro, día á día, será custodiado por nuestros corazones, que cuidarán siempre de que ni una flor se marchite, ni un cariño se desvanezca, ni una de tus glorias se nuble. Viae, Sion lugent.

¡Oh Dios! ¡Oh Padre de las misericordias! Que el insigne Pontífice León, sumergido en un mar de luz y de amor, te contemple ya y te posea con la mirada y el amor de la felicidad inextinguible!

¡Que el Obrero Sublime de la unidad, de la síntesis y de la civilización, que tantos días de gloria dió á la iglesia y que llevó una vida santa, en día no lejano descuelle, soberano y magnífico, «en pie» sobre nuestros altares!

FIAT, FIAT.

ción del Verbo Divino, de la Redención, de las excelencias de María Santísima, de la Iglesia; las doctrinas filosóficas que enaltecen la grandeza del hombre, de su dignidad, de su razón, de su libertad, de su destino. Enseña el maestro los principios de la democracia y del positivismo científico cristiano, y hasta las hermosas teorías de las ciencias físicas que el genio del hombre ha descubierto en nuestra época, están allí delineadas con maestría inimitable. . . . Basta, señores.

Esto es lo que en las ciencias ha enseñado Su Santidad, siendo con su acción soberana uno de los más ilustres comentadores del Angel de las Escuelas. Para llegar á esta unificación científica establece una comisión que depura y edita las obras del gran maestro, y ese sol ilumina el Santuario de la ciencia y su enseñanza es la única que puede señalar el fundamento último de la certeza, é iluminar con torrentes de luz el enlace divino-humano del mundo subjetivo con el objetivo, y explicar la unión inefable del alma con el cuerpo, y evitar los grandes escollos del panteísmo idealista y del materialista, Scilla y Caribidis, en los cuales naufraga la razón humana. León XIII unifica las ciencias en la filosofía cristiana, León XIII, como sabio sintético, es digno de Santo Tomás.

No sólo en este orden restauró la unidad científica; mirad: establece una Comisión honorable para el estudio de la Exegesis Bíblica, y respetabilísima junta para los estudios históricos. Engrandece la biblioteca y los museos del Vaticano. Por fin, norma los estudios en todos los Colegios Eclesiásticos, principalmente los Seminarios, que merecieron su predilección. Estimuló á los sabios y á los artistas. «Ut sint unum sicut et nos.»

Yo entiendo, señores, por civilización, el desarrollo harmónico, proporcional y subordinado de todas las facultades y energías del hombre, individuo, familia, sociedad; en el hermoso campo de la naturaleza y en el sublime de la gracia, pues la humanidad está elevada al orden sobrenatural y así es como debe progresar.

En el concierto de la civilización entran como notas tónicas las harmonías del Cosmos, desde los grandes soles hasta los rumores del átomo, y las inteligencias y los corazones, y las ciencias y las bellas artes, y la industria y el comercio, y la agricultura, y los soberbios descubrimientos que inundan de beneficios á la humanidad y de gloria á los genios. Amo yo el progreso que refleja á Dios nuestro Señor, que imita los conciertos celestes, que no es el vaso de Tántalo, sino la ley fija formulada en estos axiomas divinos: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre Celestial.» (Evangelio). «Restaurar todas las cosas en Cristo.» (San Pablo). Los enemigos

del progreso legítimo son enemigos del plan divino y de la redención. Pero, señores, en la civilización la nota dominante debe ser el orden sobrenatural con todas sus grandezas. Hacer progresar á la humanidad perfeccionándola y poniendo en equilibrio la gracia, la naturaleza y la gloria, según la ley y la voluntad de Dios; he aquí, señores, la civilización en la conciencia, en el hogar, en la sociedad, en la ciencia, en el arte, en todas las energías humanas.

No tengo ya tiempo para seguir desarrollando tan hermoso cuadro; vuestra ilustración y vuestros corazones suplirán las demás notas del himno magnífico de la civilización.

Sólo permitidme que os hable de la acción civilizadora de León XIII á nuestra patria.

Consagra con su aprobación la sublime verdad Guadalupana, y concede la Coronación de 4 imágenes célebres, pero principalmente de nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Cien veces hablaría yo de este hecho celestial, el más grande, el más hermoso de nuestra historia y de nuestra cultura, porque el amor no se satisface jamás, y el supernaturalismo Guadalupano simboliza cuatro amores soberanos: el amor á la Religión, el amor á la Madre, el amor á la Patria y el amor al Anciano sublime, á nuestro Padre León.

IV

Grandiosa recompensa concede Dios nuestro Señor á este Obrero infatigable de la unidad. Ved cómo esa gran ley reacciona de todo el mundo, de todos los pueblos, hacia el Anciano Benemérito que, circuido de gloria, descuella en la Santa Montaña Vaticana. De todos los pueblos de la tierra se dirigen en peregrinaciones millares y millares de personas que palpitan de grandes amores y producen inmensa harmonía. Nuestra patria cuatro veces se prosternó ante el Padre León. ¡Ah!, más fácil fuera encadenar el oleaje del mar, ó los rayos del sol, que detener esa explosión de filial amor. . . . .

Ved. . . . Los soberanos, aun los pueblos protestantes, rinden homenaje al gran Pontífice. . . . Las ciencias lo celebran . . . . la humanidad lo aclama. ¡Oh! Gran «héroe de la unidad!» ¡hasta tu sepulcro glorioso unifica la humanidad, en la alabanza, en el respeto, en el dolor y en el amor. . . . «Viae, Sion lugent.»